

HUGO ROSATI AGUERRE

“Horacio, por favor, la siguiente”, fue tal vez una de las primeras frases que los estudiantes que ingresaron el año 1977 a Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile escucharon del entonces joven ayudante del curso Prehistoria de Chile y América del profesor Horacio Zapater.

Entonces, resultaba toda una novedad el uso de diapositivas para ilustrar las materias de clases, de tal modo que nuestro ayudante rápidamente se transformó en un motivo de positivos comentarios, pues él había conseguido las imágenes, él portaba el proyector hasta la sala y él quien las explicaba frente a los novatos, mientras el profesor Zapater, al fondo del recinto, las pasaba al ritmo de la indicación de Hugo que iniciaba su presentación con otra petición característica: “Horacio, por favor, la luz”.

Sin duda que con estas sencillas frases nos diera la impresión que el ayudante estaba invirtiendo impunemente la jerarquía académica contribuyó a su “fama”. La que también se alimentó del entusiasmo y la pasión con que Hugo Rosati exponía las materias que se representaban en las diapositivas, que contrastaba con el estilo pausado y sencillo, pero profundo en contenido, del profesor titular del curso, formando ambos una dupla muy efectiva a la hora de transmitir las materias e interesar a los jóvenes que recién comenzaban su vida universitaria.

Desde aquellos años conozco a Hugo Rosati, y desde entonces he estado al tanto de lo que ha sido su trayectoria como académico, profesor e investigador.

En mi calidad de estudiante recuerdo también haber visto a Hugo con su compañera de curso en Pedagogía en Historia Geografía y Educación Cívica, Mimi Minder, transitar en su camioneta Chevrolet, que sobre todo utilizaba para ocuparse del jardín de plantas que estaba bajo su responsabilidad.

Una situación que facilitó conocer y comenzar a cultivar la amistad con el ya profesor instructor Hugo Rosati fue cuando en mi calidad de ayudante accedí a la oficina del profesor Sergio Villalobos, vecina a la del profesor Zapater y Hugo, habiendo entonces múltiples oportunidades de conversar, intercambiar noticias y comentar la dura realidad nacional de la época. Instancia que tenía en el café del quiosco del Campus Oriente su materialización más apreciada.

En ese estimulante ambiente académico, escuchando las disquisiciones históricas y de actualidad de los profesores se fue desarrollando una sociabilidad que, desde entonces, traspasó el espacio universitario y se proyectó al personal y familiar. En medio de ese provocador escenario, del que también participaban Elisa Ugalde y Luis Carlos Parentini, se fueron gestando trabajos y quehaceres, pero

sobre todo una instancia que contribuyó a estrechar lazos como lo fueron las “excursiones” por Chile que el maestro Villalobos comenzó a organizar y que nos llevó a recorrer entre Tarapacá y la Araucanía a bordo de un vehículo que con cada salida incrementaba sus comodidades, lo mismo que las carpas que nos servían de cobijo.

Cómo olvidar el buen humor, simpatía y carácter expansivo de Hugo que tanto contribuyó al éxito de las travesías, al punto que, con los años, en más de alguna participaron nuestras respectivas parejas, Mimi y Pilar. Junto a su permanente conversación y saber sobre las materias que nos ocupaban en cada viaje, Hugo hacía gala de su conocimiento de la cultura popular nacional a través de dichos, frases y refranes que hasta hoy provocan, primero hilaridad, pero después una reflexión por lo elocuentes que son para expresar realidades y situaciones. Tal vez una de las más célebres, y a propósito de nuestro quehacer: “No se gana, pero se goza”.

Ya profesionales, y mientras el profesor Rosati junto con la historia de América se interesaba en la entonces llamada “universal” a través de lecturas y estudios que, como todos sabíamos, lo mantenían permanentemente ocupado y a las cuales se refería solemnemente, tuvimos la oportunidad de desempeñarnos como profesores en un colegio de “la burguesía nacional”, como lo llamaba Villalobos. Entonces, mientras él enseñaba historia universal, yo ofrecía la “ordinaria historia de Chile”, como a Hugo le gustaba decir a los estudiantes cada vez que le tocaba dejar la sala para que yo ingresara.

En esos años de la década de 1980, pude apreciar, ahora a nivel escolar, la pasión, efectividad y profesionalismo de Hugo como docente, el interés que despertaba entre los estudiantes, el respeto que provocaba su saber y, también, el ejemplo que para muchos de ellos representó como profesional y persona. También, el “impacto” y extrañeza que algunas de sus famosas sentencias causaban entre los jóvenes, en particular la que representaba algo impresionante o memorable a través de la alusión al sitio y momento en que un *equus africanus asinus* se detenía a orinar.

Como colega de Hugo Rosati en el Instituto de Historia no sólo pude beneficiarme de sus constantes consejos, por ejemplo, el de que “hay que leer, hay que fichar”, también conocer su afán por mantenerse actualizado, pero, sobre todo, constatar el aprecio que los estudiantes le han dispensado por décadas y la simpatía que despertaba en el cuerpo académico y administrativo, incluso entre las jóvenes colegas que se extrañan cuando las saludaba con un espontáneo “hola chiquilla” o “chiquilla cómo estás”.

Siendo esencialmente un profesor, cuya experiencia y conocimientos también han quedado en las sucesivas reformas de los planes y contenidos curriculares del Instituto de Historia, Hugo Rosati también se dio el tiempo para investigar en aquellas materias que lo apasionan, como sucesivamente lo fueron las relacionadas con las culturas originarias americanas, las referidas a la llegada de los

Europeos a América y el mundo colonial. Materias que también quedaron plasmadas en su premiado proyecto “Tierra”, referido a los viajes colombinos en el que a través de recursos computacionales de la Apple ofrecía el proceso de expansión europea justo cuando se conmemoraban los 500 de la travesía de genovés.

Sus pesquisas y trabajos le permitieron participar en el 50 Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Varsovia en 2000 y publicar, como coautor con el académico del Instituto de Estética y experto en arte indígena Carlos González, los libros *Guaman Poma. Testigo del Mundo Andino* (2003) y *Malicán y Francisco: “enemigos-amigos en el Arauco del siglo XVII”* (2008). Ambos reseñados y reconocidos como indudables aportes al conocimiento, entre otras razones, por la metodología interdisciplinaria con que fueron elaborados.

Siempre de buen carácter, expansivo, alegre y preocupado de sus clases, estudiantes y libros, el profesor Hugo Rosati culmina este fin de año de 2022 una destacada trayectoria como académico de nuestro Instituto. Han sido casi 50 años dedicados a la docencia universitaria, sus cursos de Historia de América y Chile, como los relativos al Mundo Andino y el Imperio Incaico, sin duda dejaron huella entre los estudiantes, tanto por los contenidos, como por la entusiasta forma en que el profesor Rosati los impartía. Ahora podrá dedicarse más intensamente a su otra pasión, la numismática, en la que también es un reconocido coleccionista nacional y experto internacional, seguir practicando el tenis sin los condicionantes de los horarios de clases, y disfrutar -junto a la familia que formó con Mimi- del paisaje de Colbún, que muchos también hemos apreciado gracias a la reconocida hospitalidad de los Rosati Minder.

Rafael Sagredo